POESIAS

DEL CIUDADANO

José María Heredia,

MINISTRO DE LA AUDIENCIA DE MÉXICO.

SEGUNDA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA.

TOMO II.

TOLUCA: 1832.

Imprenta del Estado, á cargo de Juan Matute.

POESIAS FILOSÓFICAS,

MORALES Y DESCRIPTIVAS.

A

DOMINGO DELMONTE,

EN TESTIMONIO

DE INALTERABLE AFECTO,

SU TIERNO AMIGO,

JOSÉ MARIA HEREDIA.

A LA RELIGION.

Sobrado tiempo con dorada lira
canté de juventud las ilusiones,
y en ligeras y fútiles canciones
los afectos vertí que Amor inspira.
Hoy, santa Religion, quiero cantarte,
y con piadoso anelo
mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
con tu solemne inspiracion solias
animar el acento de Isaías,
ó del profeta rey el noble tono,
oye mi voz humilde que te implora;
mi tibio pecho inspira,
y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
brilla sin nubes el nocturno cielo,
quisiera suspirando alzar el vuelo,
y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
en soledad y calma
que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
vela el Criador su ceño magestoso,

y circundan su trono misterioso
la eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
y su acento profundo
por la revelacion instruye al mundo.

Augusta Religion! De luz cercada
bajas al mundo, que el error oprime,
mostrando el cielo en ademan sublime,
y con la santa cruz tu diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
y magestosamente
brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
tú nos anuncias el primer pecado,
al hombre por su mal degenerado,
y la inefable redencion futura.
Viene al mundo Jesus, de los humanos
(¡venturoso destino!)
reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
la feroz impiedad tachar no puede:
la voz de los profetas le precede,
y el universo atónito se inclina.
Enfrénase á su voz el mar airado,
y á su mandato fuerte
su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
y de su inmenso amor víctima santa,
entre tormentos, cuyo horror espanta,
pálido el Hombre-Dios gime y espira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
la tierra oscurecida,
en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resuscitado
triunfa Jesus, y con glorioso vuelo
sube despues al esplendente cielo,
vencedor de la muerte y del pecado.
Milagros inefables! Confundido
¡oh Cristo! yo te adoro,
te confieso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina
del infierno frenético lanzada,
y con su pura sangre derramada
sellan mártires mil su fé divina.
Triunfas, ¡oh Religion! y al vasto mundo
sojuzgas con presteza,
nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
al borde tiembla del sepulcro helado,
que á la luz de tu antorcha contemplado
la mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo vé cerrada

por la muerte severa,
y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
al terminar su vida borrascosa,
enciendes en la tumba misteriosa
luz de inmortalidad y de esperanza;
y su afligido corazon llenando
de inefable consuelo,
le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo ví mil veces al tirano impio
de hierro asolador el brazo armado
teñirlo en sangre, y de terror cercado
en crímenes fundar su poderio;
y despreciando audaz á tierra y cielo
con sonrisa ominosa,
víle insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna
la tierra alguna vez el crímen fiero;
mas es breve su imperio y pasagero:
la justicia de Dios vigila eterna.
De la virtud y la maldad existe
un inmortal testigo.
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

Dogma sublime! Celestial consuelo,
que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresion sangrienta,

eterno galardon busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
con Dios y su conciencia,
opone al crímen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh Religion! De tu victoria
irritados los génios infernales,
preparan las serpientes y puñales
para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
y del Orco agitado
lánzase al mundo el Fanatismo armado.

Cubre su horror con tu hrillante velo;
brama, blande el puñal con faz umbría,
y el humo negro de la hoguera impia
la pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya el hombre te maldice,
y con grito blasfemo
feroz insulta al Hacedor Supremo.

Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores,
descubre al universo tus arcanos,
y de tus sacerdotes inhumanos
los crímenes revela y los furores.
¡Cuantas víctimas ¡ay! atormentadas
en tu infernal abismo,
apelaban á Dios del Fanatismo!

¡Divina Religion! Tú que veías
al insolente monstruo dominando,

y en tu nombre á la tierra devorando,
en el seno de Dios tierna gemias.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
con su decreto eterno,
y el Fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
como despues del huracan violento
en el atormentado firmamento
con mas cándida faz brilla la luna;
y el mundo te verá desengañado
dictar con dulce tono
leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
del odio y la fanática venganza,
se abrirá el corazon á la esperanza,
y adorará tu celestial imperio,
que ha de sobrevivir cuando se aduerma
el tiempo fatigado
en escombros del mundo aniquilado.

POESIA.

Alma del universo, Poësía!
tu aliento vivifica, y semejante
al soplo abrasador de los desiertos,
en su curso veloz todo lo inflama.
¡Feliz aquel que la celeste llama
siente en su corazon! Ella le eleva
al bien, á la virtud: ella á su vista
hace que rían las confusas formas
del gozo por venir: contra el torrente
del infortunio bárbaro le escuda,
haciéndole habitar entre los seres
de su creacion: con alas encendidas
osada le arma, y vuela
al invisible mundo,
y los misterios de su horror profundo
á los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiracion! ¡Oh! cuantas horas
de inefable deleite
concediste benigna al pecho mio!
En las brillantes noches del estío
grato es romper con la sonante prora,
largo rastro de luz tras sí dejando,
del mar las ondas férvidas y oscuras:
grato es trepar los montes elevados,
ó á caballo volar por las llanuras.

Pero á mi alma fogosa es muy mas grato
dejarme arrebatar por tu torrente,
y ornada en rayos la soberbia frente,
escuchar tus oráculos divinos,
y repetirlos; como en otro tiempo
de Apolo á la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
y ella de sacro horror se estremecía,
y el fatídico acento repetía
del dios abrasador que la agitaba.

Hay un génio, un espíritu de vida
que llena el universo: él es quien vierte
en las bellas escenas de natura
su gloria y magestad: él quien envuelve
con su radioso manto á la hermosura,
y dá á sus ojos elocuente idioma,
y música á su voz: él quien la presta
el hechizo funesto, irresistible,
que embriaga y enloquece á los mortales
en su sonrisa y su mirar: él sopla
del mármol yerto las dormidas formas,
y las anima, si el cincel las hiere.
Él en *Fedra*, en *Tancredo* y en *Zoraida*
nos despedaza el corazon: ó blando
con Anacreon y Tíbulo y Melendez
del deleite amoroso nos inspira
la languidez dulcísima: ó tronando
nos arrebata en Píndaro y Herrera
y el ilustre Quintana, á las alturas

de la virtud sublime y de la gloria.
Por él Homero al furibundo Aquiles
hace admirar, Torcuato á su Clorinda,
y Mílton, mas que todos elevado,
á su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside,
mas invisible. Del etéreo cielo
baja, y se manifiesta á los mortales
en la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo: tal vez sereno
vaga en la luz del sol, cuando este inunda
al cielo, tierra y mar en olas de oro:
de la música tiembla en el acento:
ama la soledad: escucha atento
de las aguas con furia despeñadas
el tremendo fragor. Por el desierto
los vagabundos Arabes conduce,
soplando entre sus pechos agitados
un sentimiento grande, indefinido,
de agreste libertad. En las montañas
se sienta con placer, ó de su cumbre
baja, y se mira del Océano inmóvil
en el hondo cristal, ó con sus gritos
anima las borrascas. Si la noche
tiende su puro y centellante velo,
en la alta popa reclinado inspira
al que estático mira
abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ánsia de gloria noble y bella:
yo de su lauro en el amor palpito,
y quisiera en el mundo que hoy habito
de mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
vive eterno, y dá vida: los mortales
á quienes génio dispensó el destino,
ansiosos corren á la sacra fuente
que tu fogosa inspiracion recibe.
El mundo á sus afanes apercibe
indigno galardon. Cuando los cubre
vestidura mortal, vagan oscuros
entre indigencia y menosprecio: acaso
de sacrílega mofa son objeto.
Al cabo mueren, y sus almas tornan
á la fuente de luz de que salieron,
y entonces á despecho de la envidia,
un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brota, crece, y ampara las cenizas
con su sombra inmortal; pero no enseña
á los hombres justicia, y cada siglo
vé repetir el drama lamentable,
sin piedad ni rubor. Divino Homero,
Mílton sublime, Taso desdichado,
vosotros lo direis!
Empero el génio
al infortunio arrostra: sus oídos
halagan los apláusos que su canto
recibirá feliz en las regiones

del porvenir. Su gloria, su desgracia
excitarán la dulce simpatía
en la posteridad de los cruëles
que á miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará: las bellas
con respeto y ternura suspirando,
pronunciarán su nombre: ya centella
á sus ojos la lágrima preciosa
que arrancarán sus páginas ardientes
á la sensible hermosa.
La vé, palpita, se enternece, y fuerte
de la cruel injusticia se consuela,
y esperando su triunfo de la muerte,
al seno del Criador gozoso vuela.

Dulcísima ilusion! ¡Quien ha podido
defenderse de tí, si no ha nacido
yerto, como los mármoles y troncos?
Oh! yo te abrazo con ardor! Lo espero..!
Algunas efusiones de mi Musa
me sobrevivirán, y mi sepulcro
no ha de guardarme entero.
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribe,
resonará de Cuba por los campos
de la Fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
el Correggio esclamaba:
Yo tambien soy pintor! — Yo soy poëta!

AL ARCO IRIS.

Arco sublime de triunfo,
que adornas el vasto cielo,
cuando su confuso velo
recoge la tempestad;
no al oráculo severo
de la alma filosofía
pregunta la mente mia
la causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
de mi niñez deliciosa,
cuando tu frente radiosa
parábame á contemplar;
y estacion te imaginaba
para que entre tierra y cielo
descansara de su vuelo
del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos frios
esplicar tu forma bella,
para agradarme con ella
cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
el espléndido tesoro
de perlas, púrpura y oro,
que ardiente soñaba en tí.

Cuando á natura la ciencia
quita el misterioso encanto,
¡cuanto disminuye, cuanto,
el brillo de su beldad!
¡Cual ceden á yertas leyes
mil deliciosas visiones!
¡Cuan plácidas ilusiones
miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo Omnipotente
nos revela, Arco divino,
tu orígen y tu destino
con su palabra inmortal.
Al dibujarse tu frente
en el cielo y mar profundo,
al cano padre del mundo
fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
la verde tierra te amaba,
cada madre á su hijo alzaba
á ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso
y aroma puro la brisa,
cuando en tu luz la sonrisa
del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
sereno brillas ahora,
y cual del mundo la aurora,

su fin tremendo verás:
que Dios, fiel á su promesa,
intacta guarda tu gloria,
para perpetua memoria
de que á la tierra dió paz.

De la música primera
sonó en tu honor el acento,
y del primer poeta el viento
oyó la mágica voz.
Sigue, pues, siendo mi tema,
símbolo de la esperanza,
fiel monumento de alianza
entre los hombres y Dios.

AL SOL.

Yo te amo, Sol: tú sabes cuan gozoso,
cuando en las puertas del Oriente asomas,
siempre te saludé. Cuando tus rayos
nos arrojas fogoso
desde tu trono en el desierto cielo,
del bosque hojoso entre la sombra grata
me deleito al bañarme en la frescura
que los zéfiros vierten en su vuelo;
y me abandono á mil cavilaciones
de inefable dulzura

cuando reclinas la radiosa frente
en las trémulas nubes de Occidente.

Empero el opulento en su delirio
solo de vicios y maldad ansioso,
rara vez alza à tí su faz ingrata.
Tras el festin nocturno crapuloso
tu luz sus ojos lànguidos maltrata,
y tu fuego le ofende,
tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
Oh! si el oro fatal cierra las almas
á admirar y gozar, yo le desprecio;
disfruten otros su letal riqueza,
y yo contigo mi feliz pobreza.

Oh! ¡cuanto en el Anáhuac
por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
mirábase encorvado
hácia la tumba oscura.
En el invierno rígido, inclemente,
me viste, al contemplar tu tibio rayo,
triste acordarme del fulgor de Mayo,
y alzar á tí la moribunda frente.
»Dadme,» clamaba, »dadme un sol de fuego,
»y bajo él agua, sombras y verdura,
»y me vereis feliz..! Tú, Sol, tú solo
mi vida conservaste: mis dolores
cual humo al Aquilon desparecieron,
cuando en Cuba tus rayos bienhechores
en mi pálida faz resplandecieron.

Mi pátria... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba
¿á quien debe su gloria,
á quien su eterna virginal belleza?
Solo á tu amor. Del Capricornio al Cáncer
en giro eterno recorriendo el cielo,
jamas de ella te apartas, y á tus ojos
de cocoteros cúbrese y de palmas,
y naranjos preciosos, cuya pompa
nunca destroza el inclemente yelo.
Tus rayos en sus vegas
desenvuelven los lirios y las rosas,
maduran la mas dulce de las plantas,
y del café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivífico la vertes
larga fuente de vida y de ventura,
¿no te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas á veces tambien por nuestras cumbres
truena la tempestad. Entristecido
velas tu pura faz, mientras las nubes
sus negras olas por el aire ardiente
revuelven con furor, y comprimido
ruge el rayo impaciente,
estalla, luce, hiere, y un diluvio
de viento y agua y fuego se desata
sobre la tierra trémula, y el cáos
amenaza tornar... Mas no, que lanzas
¡oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
la confusion de nubes, y á la tierra
llega á dar esperanza. Ella con ánsia

le recibe, sonríe, y rebramando
huye ante tí la tempestad. Mas puro
centella tu ancho disco en occidente.
Respira el mundo paz: bosque y pradera
se ornan de nuevas galas,
mientras al cielo con la tierra uniendo
el iris tiende sus brillantes alas.

Alma de la creacion! Cuando el Eterno
del primitivo cáos
con imperiosa voz sacó la tierra,
¿que fué sin tu presencia? Yermo triste,
do inmóviles reinaban
frialdad, silencio, oscuridad.... Empero
la voz omnipotente
dijo: *Enciéndase el Sol!* y te encendiste,
y brotaste la luz, que en ráudo vuelo
pobló los campos del desierto cielo.

Oh! ¡cuan ardiente, al recibir la vida,
al curso eterno te lanzaste luego!
¡Como, al sentir tu delicioso fuego,
se animó la creacion estremecida!
La sombra de los bosques,
el cristal de las aguas,
las brisas y las flores,
y el rutilante cielo y sus colores
á una mirada tuya parecieron,
y el placer y la vida
su gérmen inmortal desenvolvieron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
te obedecen tambien: ráudos giraban
sin órbita ni centro
del éter en las vastas soledades.
El Criador soberano sujetólos
á tu poder, y les pusiste rienda,
á tu fuerte atraccion los enlazaste,
y en derredor de tí los obligaste
á que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo
criatura como yo, y estrella débil,
(como las que arden por la noche umbría
en el cielo sin nubes,) en presencia
de tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
omniscio, omnipotente, dirigiendo
con designios profundos
tantos millones férvidos de mundos,
reina en el corazon del universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
ya con el rayo y espantoso trueno
al mundo lanze su terrible ira;
gloria del universo,
del empíreo señor, padre del dia,
Sol! oye: si mi mente
alta revelacion no iluminara,
en mi entusiasmo ardiente
á tí, rey de los astros, adorara.

Asi en los campos de la antigua Persia
resplandeció tu altar; asi en el Cuzco
los Incas y su pueblo te acataban.
Los Incas! ¡Quien, al pronunciar su nombre,
si no nació perverso,
podrá el llanto frenar..? Sencillo y puro,
de sus criaturas en la mas sublime
adorando al autor del universo
aquel pueblo de hermanos,
alzaba á tí sus inocentes manos.

Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
á tu pueblo inocente
bajo el hierro inclemente
como pálida mies gemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
por venganza ó favor á tí se alzaban:
tú los desatendias,
y tu carrera eterna proseguias,
y sangrientos y yertos espiraban.

* * * * * * * * *

CONTRA LOS IMPIOS.

Si Dios no exîste, ó si de mí se olvida,
y tan solo al azar debo la vida
para pasar el mundo,
cual nube tempestuosa el Océano
á merced de los vientos,
bien podeis disolveros, elementos,
que en mí formásteis con acuerdo vano
turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores,
emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
vuestras lámparas bellas
en el cielo apagad, puras estrellas,
si habeis de iluminar mi eterna muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
y del hombre de bien sublime amiga,
eres vana ilusion, y yo te abjuro,
si el alma que tú elevas,
y al bien y gloria llevas,
se hunde y perece en el sepulcro oscuro.

Doctrina pavorosa!
¡Para lograr tan triste resultado
analizó la ciencia laboriosa
la tierra y mar, y audaz se ha levantado
hasta el etéreo cielo,
que ha recorrido con triunfante vuelo,

para traërnos en horrible fallo
la desesperacion! — Sofistas duros,
jamas amásteis..! Vuestra sien corone
con seca rama el árbol de la muerte.
El sanguinoso lauro que insolente
la torpe adulacion ciñe al tirano,
no es tan injusto y vil como el que insano
del incrédulo audaz orna la frente.

Oh mundo misterioso,
que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fé sobre tu abismo pavoroso
divina luz despide;
y en sus alas ardientes conducida
el alma del cristiano,
al salir de la tierra lagrimosa,
al seno del Criador vuela dichosa.

Asi el fiero cometa,
del empíreo gigante,
precipita su carro de diamante
de planeta en planeta,
y atrevido se lanza
donde ni el pensamiento ya le alcanza.
Mas en algun lugar su curso espira;
y con mayor violencia
al sol de que partió volviendo gira.

A LOS GRIEGOS, EN 1821.

Jamas puede un tirano
la cadena cargar al pueblo fuerte
que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
ó sufre noble muerte.
Pueblos famosos de la antigua Grecia,
vosotros lo decís! En el orgullo
de su inmenso poder jura Darío
á torpe servidumbre someterlos,
ó á la desolacion: estremecida
yace la tierra, y en silencio yerto
aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,
é impávida resiste
al furibundo asolador torrente,
que en su valor el ímpetu quebranta.
Campo inmortal de Maraton! Tú viste
de Milciades magnánimo la gloria;
y luego en Salamina y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausánias,
triunfan, y en Grecia truena
de libertad el grito y de victoria.

Tierra de semidioses! ¿Como pudo
cargarte el musulman la vil cadena,
que cuatro siglos mísera sufriste?

Raza degenerada,
¿no el nombre de Leónidas oíste?
¿O el despotismo audaz ha devorado
las páginas de luz en que la historia
consagra los recuerdos
de tu antigua virtud y de tu gloria!

Mirad como se acerca enfurecido
el segundo Mahomet, y precedido
marcha de sangre y devorante fuego:
en vez de apercibirse á los combates,
ved cuan pálido tiembla el débil griego!
¡Ignominia! ¡Baldon! Su negro manto
por Grecia desolada
tiende la esclavitud, y el templo santo
profana el musulman con sus furores.
Europa consternada se estremece
cuando la media luna destructora
á Bizancio domina, y vencedora
cual fúnebre cometa resplandece.

¿Donde la Grecia fué? ¿Donde se ocultan
de la brillante Atenas
y de la fiera Esparta y de Corinto
el pasado esplendor? Miseria, sangre,
y muda esclavitud presenta solo
por cuatro siglos la moderna Grecia.
Sus vírgenes adornan el serrallo
de vil Bajá: la yerba solitaria
crece en el Partenon abandonado.

El viagero, en escombros reclinado,
en vano busca suspirando ahora
la pátria de las ciencias y las artes,
de Roma y de la tierra la instructora.
Ay! todo pereció: su triste anelo
halla tan solo de la Grecia antigua
el aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el dia,
y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,
que ha poco la olvidaban,
ó en languidez imbécil suspiraban
por el socorro infiel del estrangero.
Su génio magestoso,
el de Aristogiton y Harmodio fiero,
deja la tumba, su radiosa frente
en el cabo de Ténaro levanta,
esclama *Libertad!* ardiendo en ira,
esperanza y ardor al griego inspira,
y al feroz musulman yela y espanta.
Los númenes antiguos
se agitan bajo el mármol mutilado,
que murmura confuso *Guerra! Guerra!*
cual se oye por los senos de la tierra
vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida
de *Libertad!* y *Gloria!* y de *Venganza!*
furibundos clamores:
levántanse oprimidos y opresores,

y rage la matanza.
Nobles Griegos, valor! Que vuestros hijos
hereden libertad! Con fuerte mano
la barbarie frenad de ese vil pueblo,
crudo enemigo del linage humano.
No invoqueis á los príncipes de Europa:
de su ambicion en el furor zeloso
los esfuerzos de un pueblo generoso
con ceño miran y rencor insano.
En un déspota ó rey ven un hermano,
y es déspota el Sultan... Pero vosotros
armados de valor y alta constancia
sin ellos triunfareis. Cuando los padres,
al morir en el campo de batalla,
á sus hijos encargan
sangrienta herencia de venganza y gloria,
aunque la lucha prolongarse puede,
segura es la victoria.

Mas ¡que vago rumor hiere mi oído,
cual sordo trueno en nube tempestosa
por los valles dilata su bramido!
Ved las sombras augustas de los héroes
abandonar las tumbas do gemian
su abandono fatal! Arma sus frentes
profunda indignacion: brillan sus ojos,
bien como rayo entre tormenta umbría,
y en sus diestras armadas
resplandecen vibrando las espadas.

»Imitadnos,» prorumpen, »ó atrevidos
»nuestra gloria eclipsad! La liza abierta
»os llama á combatir. La tirania
»por vuestros campos con aliento impuro
»de fuego y sangre verterá un torrente;
»mas no olvideis que secará la fuente
»á un diluvio de lágrimas futuro.
»¿Cedereis? ¡No! ¡Jamas! Ventura, gloria
»y libertad os guarda la victoria,
»y la derrota esclavitud ó muerte.
»En vuestros gefes nuestro aliento fuerte
»invisibles pondremos,
»y á sus pasos do quier presidiremos.»

Y os inspiran, caudillos vengadores,
que al griego conducís á los combates
de ardor sublime y esperanza lleno.
¡Magnánimo Ipsilanti!
¡Noble Cantacuzeno!
Haced la independencia de la Grecia,
y haced su libertad. La Grecia libre
supo arrostrar de Xerxes y Darío
el inmenso poder: la Grecia esclava
al musulman cedió... Leccion terrible,
que aprovechar debeis! Europa entera
y de la noble América los hijos
guirnaldas tejen de laurel y rosas
que os adornen las frentes generosas.
Vuestro puro patriótico ardimiento
á nuestros nietos contará la historia,

y en el augusto templo de la Gloria
de Washington á par tendreis asiento.

¡Oh! No lo veis? De Grecia las montañas
fuego desolador vá recorriendo,
y el Eurotas sonante y el Pamiso
escuchan retumbar en sus orillas
de áspera lid el tormentoso estruendo.
El grito *Libertad!* los aires llena,
y el Bósforo agitado
hasta Bizancio *Libertad!* resuena.

Del Sultan al mortífero decreto
se lanzan los genízaros.... Miradlos
del griego vengador bajo la espada
desparecer, como al furor del fuego
la yerba de los campos desecada.
Salamina repítese y Platea.
Mas ¿que valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota
el torrente de bárbaros..? ¡Oh! vedlo
cual se renueva sin cesar, y corre
como el flujo feroz del Océano,
violento, asolador, irresistible....!
¡Oh ceguedad funesta, incomprensible,
de matar y morir por un tirano!

¡Cuanta sangre y furor! Reyes de Europa,
¿como en vuestros oídos
no suenan los tremendos alaridos
con que asordado el Bósforo retumba?

¡Oh! ¡Ser podeis friamente espectadores
de la lucha de Grecia y sus horrores?
¿Esperais de ese pueblo generoso
el esterminio...? — Refrenad la furia
del musulman fanático, y lanzadlo
á los desiertos de Asia, donde viva
sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
útil, noble, sagrada,
aceptarán con gozo las naciones;
del mundo excitareis las bendiciones,
y el culto de la Grecia libertada.

¡Ay! mis ojos ¡oh Grecia vengadora!
tu gloria no verán. La muerte fiera
de mi edad en la dulce primavera,
cual flor por el arado atropellada,
vá á despeñarme en la region sombría
del sepulcro fatal. ¡Oh lira mia!
Estos serán los últimos acentos
que haga salir de tí mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
y en sus alas fogosas conducido
vivo en el porvenir. Como un espectro,
del sepulcro en el borde suspendido,
dirijo al cielo mi postrero voto
por que triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro
lanzar á los tiranos indignada,
y á la alma Libertad servir de templo,
y al mundo escucho que feliz aplaude
victoria tal y tan glorioso ejemplo.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
errante masa de perennes llamas,
que iluminas é inflamas
los desiertos del éter en tu vuelo;
¿que universo lejano
al sistema solar hora te envia?
¿Te lanza del Señor la airada mano
á que destruyas en tu curso insano
del mundo la armonía?

¿Cual es tu orígen, astro pavoroso?
El sábio laborioso
para seguirte se fatiga en vano,
y mas allá del invisible Urano
vé abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
ó una funesta rebelion te lanza
á ilimitada y fervida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿ningun sistema habitas,
y tan cerca del Sol te precipitas
para insultar su magestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
á su vasta atraccion ceder te ordene,
y entre Jove y Saturno te encadene,
de tu brillante ropa despojado.

*